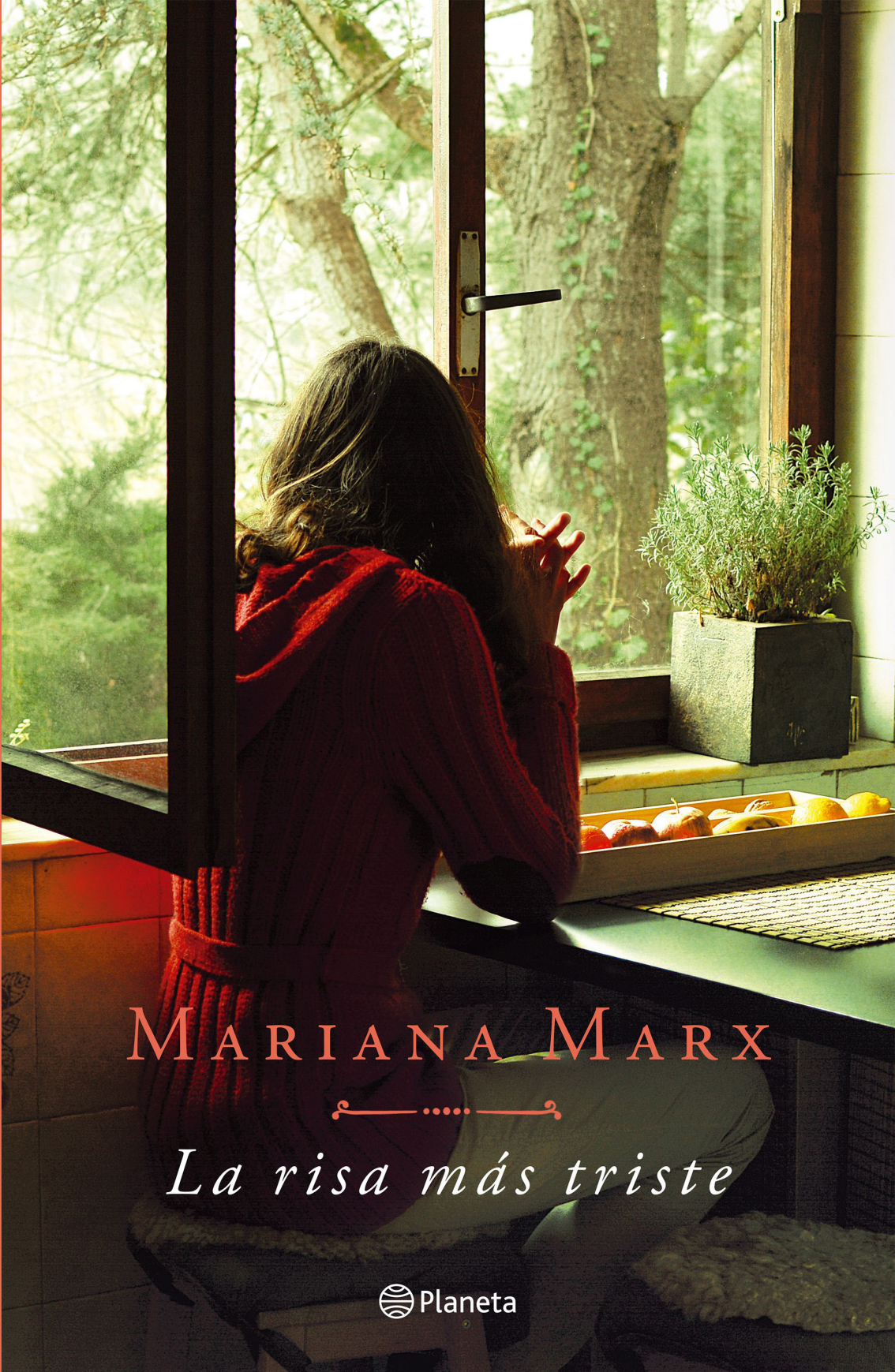


A woman with long dark hair, seen from behind, is sitting on a stool and looking out a large window. She is wearing a thick, red, textured robe. Her hands are clasped together near the window. On the windowsill, there is a small potted plant in a dark square pot and a wooden tray filled with various fruits like apples and lemons. The view outside the window shows lush green trees and foliage, with sunlight filtering through the leaves.

MARIANA MARX

—.....—

La risa más triste

MARIANA MARX

La risa más triste

Índice

1. Autorretrato	9
2. Salsipuedes	15
3. Formentera	19
4. La risa más triste	33
5. Cenizas	43
6. Mar del Plata	49
7. Chiquita	55
8. Lago Correntoso	61
9. El sótano de Burzaco	67
10. Patrón	73
11. Irreversible	79
12. Las chicas de Barrio Parque	83
13. Arles	89
14. El secreto	95
15. Me gusta la imagen que doy ahora	103
16. Nacimiento	109
17. Desfibrilador	115
18. Mi hermana y yo	121
<i>Agradecimientos</i>	121

Autorretrato

Remuevo la tierra de los canteros y, con suavidad, acomodo las raíces. Miro a mi alrededor, las vacas pastan bajo el sol, pienso que esta mañana tiene una luz muy especial, tal vez porque después de una larga sequía, volvió la lluvia para salvarnos. Saco las hojas muertas de los cajones y veo yuyos que compiten con los últimos tomates de la temporada. Con el teléfono saco una foto y la mando al grupo *Taller de Escritura Chascomús*.

Me preguntan cuándo vamos a conocer el rancho de Herminia. Desde que murió, ya nadie va a su casa. Ahí vivió desde los quince años, en una casa con techo de chapa, sin luz y paredes de barro, decorada con cientos de flores que colgaban en macetas de frascos reciclados, algunas en envases de leche. El puesto de Herminia todavía está detrás de la pista de aterrizaje del campo de los Martínez, y desde que le gritó *pelotudo* al novio de su patrona, le prohibieron que rondara por el casco.

Samantha dice: *esa casa puede ser un buen disparador para la consigna que estamos por escribir*. Es la tercera vez

que vienen a mi campo, hacemos este encuentro una vez al mes y cada uno de nosotros tiene que escribir un cuento que transcurra en el lugar. La consigna de ahora es escribir un relato corto policial.

Escucho el canto de las chicharras, cierro los ojos y siento el viento perfumado por la humedad de la naturaleza. Sigo arrancando las competencias, esos yuyos que intentan parecerse a la planta para tomar sus nutrientes hasta matarla.

Por el horizonte vienen dos de mis invitadas, dejo todo y me escondo detrás de las camelias. Mi corazón se acelera, la boca se me seca y mis piernas tiemblan. Pasan a mi lado, sin notar mi presencia, el viento que roza las hojas de las flores no me deja escuchar de qué hablan. Algo de ellas no me cierra.

Vuelvo al casco con pasos inseguros, a través del pastizal largo. En la mesa de mármol blanca que da al jardín está sentado el resto del grupo, saludo y pregunto si durmieron bien. Me tiro el pelo para atrás y me pongo repelente en todo el cuerpo. Me siento en la punta, me saco los zapatos y les pregunto si pueden ayudarme en la huerta. Siguen hablando del taller que hicieron en Salta, se ríen, miran a los perros jugar y cambian de tema. Les ofrezco tomates para llevarse si me ayudan y les cuento que las cotorras están comiendo todo.

Sentados frente a mí, la mayoría con un cuaderno y lapicera en mano, se preguntan sobre la consigna que propuso Samantha. Claudia cuenta que está

escribiendo sobre una tía psiquiátrica y que un poco le da vergüenza. Yo le digo que también pasé por eso cuando murió mi hermano y que estuve internada, y noto que Luciana se tapa la boca y agacha la cabeza, así que me arrepiento y no sigo hablando. Todavía quedan tostadas en la canasta. En el silencio entre nosotros se escucha el ruido del molino roto, parece el aullido de un animal.

En mi campo, siempre hay siete u ocho perros dando vueltas entre nosotros. Nino es un pastor alemán que me regaló Alejandro en el 2017. El viejo, un labrador que espera la muerte, lo compramos con Fede en el 2009. A Bujía me la regaló Romina después de una noche de sexo y alcohol. Bono es el hijo de Nino, el perro de mi último ex, Agus, y después está Milo que no viene de ninguna relación, es un rottweiler que rescaté de la calle y es al único que dejo dormir en mi cama. Milo viene a lamerme, intento quitármelo de encima pero se pone muy pesado y le doy una tostada para que se entretenga. Samantha nos propone ir a dar una vuelta por el bosque con cuaderno y lápiz para los apuntes de los cinco sentidos. Abro la canilla para darle agua a Milo, pero se monta en mi pierna y todos se ríen.

Durante nuestra caminata nadie dice nada, nuestros pasos crujen sobre las ramas secas del bosque, los perros olfatean todo a nuestro alrededor y yo me siento mareada, tal vez por el efecto de la cantidad de gin que tomé anoche. Los llevo a lo profundo del bosque, donde

seis hamacas envuelven en círculo la estatua de un Buda solitario que no sirve para nada.

—Vayamos al rancho de esa tal Herminia, la que tanto nos hablaste —me dice una de ellas.

—Ahí no vive nadie —respondo y sigo caminando.

Herminia no tenía dientes, tampoco tenía pelo y su piel era tan negra que la llamaban *atardecer de un ciego*. Nadie pudo saber de dónde venía, ella fue un misterio, la única mujer en la zona que cuidaba las miles de vacas de Martínez.

—¿Vamos? —Samantha me toca el hombro— ¿Vamos o no?

Les digo que es mejor ir cuando cae el sol y seguimos caminando entre los árboles hasta llegar a la capilla. En la entrada Claudia toca la campana y nos mira sonriendo. Entramos en silencio, algunos observan las imágenes religiosas y yo acomodo la bandera del Vaticano que está manchada de excremento de murciélago. Cerramos las cortinas, enciendo un sahumerio y aviso que tengo una reunión con un ingeniero en el puesto de la manga.

Salgo de la capilla y me voy por la parte de atrás. Las puedo ver y escuchar, una curiosidad maldita se apodera de mí, necesito saber qué dicen, cómo me ven y qué piensan. Siguen en silencio, un silencio incómodo que me cierra la garganta. Los perros ladran a lo lejos. Entonces, una de ellas dice algo y las risas retumban por las paredes de la capilla. Después, otra dice: *Che, tengan empatía*. Siento un sabor a óxido en la boca, hay sangre

en mi mano, escupo el pedazo de uña y me acomodo para seguir escuchando.

Cuando tenía ocho años mi caballo perdió el control y me llevó como loco al puesto de Herminia, con los ojos irritados entre el polvo que se había levantado, ahí estaba ella pelando una mulita en el único rayo de sol. Olía a animal y su cara tenía manchas de tierra. Me llevó al interior de su casa, cerró la puerta y con señas me pidió que me sentara en un cajón de manzanas. Sacó de una bolsa unas flores de manzanilla y me las frotó por los ojos murmurando un rezo en guaraní, desde afuera solo se escuchaba el mugido de las vacas. Aquella tarde me animé a preguntarle lo que tanto había escuchado de ella y me respondió: *nada es real*.

No es fácil escuchar a mis invitadas , saco las manos de mis bolsillos y me retuerzo los dedos, dejo atrás esas voces y voy directo al galpón. Por el camino de los álamos veo venir a Milo, le acaricio la cabeza y le pido que me acompañe al cuarto de los químicos a buscar un herbicida. Unas nubes negras cubren gran parte del campo y el ruido del molino ahora es más fuerte.